

La dama enjaulada

Cristina del Toro Tomás

Anoche pensé en ti. Ya ves qué tontería.

Me encontraba sola, contemplando cómo mi pequeño jardín se convertía en un mar de escarcha. El invierno era tu época del año preferida, supongo que ha sido la nieve la que ha invocado tu recuerdo.

No sé muy bien cuánto tiempo ha pasado. Sin duda, más del que desearía.

Es extraño que te dedique estas palabras precisamente a ti, a la persona que durante tantos años me demostró que el miedo y la oscuridad pueden arraigar incluso en el corazón más estoico.

Durante todo este tiempo he intentado demostrar al mundo que mi vida es maravillosa tal como está, que sin ti todo es despreocupación, seguridad, y que por fin estoy viviendo mi particular cuento de hadas.

Pero no puedo engañarme a mí misma.

Aunque al principio estaba eufórica y, no lo negaré, albergaba cierto sentimiento de superioridad, ahora debo admitir que sin ti, la vida ha perdido todo su color.

Estoy encerrada entre estas cuatro paredes, dedicando sonrisas falsas a todo el mundo, casada con un cretino que no sabe hacer la O con un canuto y cuyo único mérito es tener una sonrisa profident y un apellido importante.

En fin...debo admitir que tu agresividad era todo un lastre en nuestra peculiar relación, ¡menudo carácter tenías!

Nunca comprenderé cómo pudiste alterarte tanto por algo tan insignificante como que hubieras sido la única persona, dentro de tu círculo social, que no había sido invitada a una estúpida fiesta. ¿Recuerdas que aquel acontecimiento fue el que desencadenó todo?

No he conocido nunca a nadie que pueda guardar rencor durante tanto tiempo. ¡Ay, pero así eras tú!

Tan visceral, tan egoísta...con tanta personalidad.

En aquella época no te soportaba, y fíjate, ahora encuentro encantadora tu obsesión conmigo. Incluso tu manía persecutoria tenía cierta gracia.

Y es que aunque me pasé media vida huyendo de ti, en el fondo siempre dejaba pistas, en apariencia pequeños descuidos, que permitían que dieras conmigo una y otra vez.

Me encantaba nuestro particular juego del gato y el ratón.

O mejor dicho, de la gata y la ratita. Parece que lo nuestro fue una travesura lésbica, pero esa es una etiqueta superficial, pues lo que tú y yo vivimos va mucho más allá de una simple aventura de chicas “heteroflexibles”.

¿Recuerdas aquella casita tan mona en la que pasé un tiempo escondida con mis amigas? Poco después de aquello fue cuando cumpliste tu amenaza y me dejaste una temporadita en coma.

Pero no pasa nada, incluso los meses que pasé dormida fueron más emocionantes que mi actual vida.

Debe resultarte irónico que me queje de él... ¡pero es que es tan soso! Nunca salimos a hacer nada interesante, se pasa las horas embobado frente al espejo, y pretende que yo sea su muñequita linda, con mi rubio cabello perfectamente peinado, ¡fíjate, si me ha hecho incluso comprarle ropa que armonice con el color de sus ojos! Si fueran azules todavía...pero es que ese marrón diarrea no combina con nada.

¡Y pensar que permití que fuera él, esa simulación de ser humano, el que nos separara!

Pero entonces era mucho más joven, más ingenua, ya sabes.

Me tiré a los brazos del primer tío que me besó.

Me tragué aquella historia del “comieron perdices y vivieron felices”, y así me ha ido.

Lo peor de todo es que ya no tiene remedio. No vamos a reencontrarnos nunca más.

Desapareciste –o mejor dicho él te hizo desaparecer– y te llevaste contigo todo lo que esta vida podía tener de interesante.

Ya no hay emoción. Ya no recuerdo lo que significa que el corazón me vaya a mil por hora, que la angustia recorra mi ser provocando en mí sensaciones que pueden pasar del pánico a la excitación en una milésima de segundo.

Ya no escucho tu voz llamándome en sueños “Aurora... Aurora...”

No hay más pinchazos, ruelas, ni husos de hilar.

Me hago vieja, y aún hoy, después de tanto tiempo, busco tu nombre en el susurro del viento...

”Maléfica”.